

Reminiscencia Poética

Walter Montenegro. Respuesta al discurso de ingreso de Yolanda Bedregal en la Academia Boliviana de la Lengua. *El Diario. Suplemento Literario*, 15 de julio de 1973.

Transcripción de Marco A. Andrade Pedregal

No se da todos los días el caso de que una hija llegue a ocupar la silla que su padre dejó vacante en la Academia de la Lengua.

Yolanda Bedregal de Conitzer ocupa desde hoy la silla de don Juan Francisco Bedregal, después de un largo y fructífero viaje por los caminos de la creación literaria. Y es así cómo no sólo el nombre y la sangre sino la vocación y el trabajo identifican a las dos personalidades en el nivel de reconocimiento público que significa el ingreso en la Academia.

Tampoco es frecuente, sin duda, que haya en el momento preciso un testigo presencial casi permanente -en el hecho y en el espíritu- del proceso que condujo al reencuentro de la hija con el padre. El afortunado testigo soy yo, y en esa cualidad actuaré, más que en la del simple colega que ceremoniosamente abre la puerta para dar paso a quien se incorpora hoy en la benemérita institución.

Para dar ese testimonio, voy a rememorar imágenes y hechos que desde hace muchos años, desde fines de la década del 20, guardo en la memoria.

Era un comedor en el que nunca había mucha luz. Entre los antiguos muebles de madera oscura, la mesa era un gigante tendido casi de extremo a extremo de la habitación. La familia no era menos grande: Don Juan Francisco Bedregal, a la cabecera su esposa, la señora Carmen, en el sitio estratégico para ejercer la dirección y manejo administrativo de los almuerzos y las cenas. Sobre todo las cenas, porque a esa hora, casi invariablemente, uno o más miembros de otra familia anexa, los amigos de don Juan Francisco, acudían a esa mesa como centro de reunión de uno de los más brillantes grupos de intelectuales bolivianos de esa época, los llamados «Kunkas», entre los que estaban Alcides Arguedas, José Eduardo Guerra, Juan Capriles, Gustavo Adolfo Otero, Alfredo Otero, José Salmón Ballivián. También el Ingeniero y matemático español, Formerio Gonzales de la Iglesia, vehemente y locuaz franquista, que negaba a gritos la valía de Neruda, hasta que uno de los pequeños Bedregal le dijo, desde el otro extremo, lejano de la mesa: «Me gustas cuando callas porque estás ausente».

Eran y son todavía seis los hermanos Bedregal, con los más variados perfiles físicos e intelectuales. Y, por supuesto, con ellos estábamos nosotros, sus amigos. La mesa tenía que ser grande. Y el espíritu de la casa era tan ancho que en una habitación deliberaban el partido liberal mientras que en otra José Antonio Arze consolidaba las bases del PIR.

Don Juan Francisco, pequeño y redondo cual fina copa de cristal llena de una transparente filosofía de la vida, con chispeantes destellos de humor, presidía la conversación de sobremesa como quien dirige una orquesta de propios y extraños, de grandes y pequeños. Algún mechón de cabellos grises fugaba a veces por debajo de la boina vasca y una delgada boquilla de caña con un cigarrillo infaltable hacía las veces de batuta.

Evocó estas imágenes no sólo por el placer egoísta de volver en mente a uno de los más gratos parajes recorridos en mi vida espiritual, sino porque en aquella atmósfera de cotidiano ejercicio intelectual y culto de las Iteras se formó Yolanda Bedregal.

No en vano, ya en esos primeros tiempos, fue elegida Presidenta de un Círculo Artístico Infantil fundado y dirigido por aquel «caballero de alto cuello duro y corazón blando como el pan» que se llamaba don Antonio Gonzáles Bravo, que tanto hizo por la música en Bolivia.

Cuando Yolanda, apenas salida de la niñez, empezó a escribir, era natural que se sintiera cohibida ante su padre, una de las figuras prominentes de la literatura boliviana en ese tiempo, a quien ni siquiera le faltaba un elegante monóculo de oro. Sin embargo, Yolanda logró por fin vencer su timidez y, en un cumpleaños, le dejó un montoncito de cuartillas debajo de la almohada. Años más tarde, mientras Yolanda estudiaba en el extranjero, don Juan Francisco publicó en 1936 la primera colección de pequeñas piezas en prosa, con el nombre de «Naufragio». A continuación vino el rico caudal de producción poético en libros que llevan los nombres de «Poemas», «Almadía», «Ecos» (en versión bilingüe, hispano-alemana, con la contribución de Gert Conitzer, marido amigo, colaborador e incondicional admirador); «Alegatos», «Nadín», «Del Mar y la Ceniza»; una Antología de poetas bolivianos hasta el año 1900 compuesta por Yolanda y otra Antología de versos de Yolanda misma editada en Venezuela; algo así como 30 cuentos publicados en diarios y revistas; y, finalmente, «Bajo el Oscuro Sol», novela ganadora del Premio Erich Guttentag de 1970. Los versos de Yolanda han sido traducidos a varios idiomas, inclusive el húngaro y alguno, indescifrable, de la India con motivo de un homenaje a Rabindranath Tagore. Hay muchos otros, todavía inéditos.

En lo que a trabajos se refiere es justo recordar también que Yolanda fue maestra, muchos años, de primaria, secundaria, Universidad y en la Academia de Bellas Artes.

Mucho se ha dicho de Yolanda y su obra poética. Porfirio Díaz Machicado, director de esta Academia, la califica como «uno de los más altos valores líricos de Bolivia», en el 49 tomo de su monumental obra *Poesía y Prosa de Bolivia*. El ilustre crítico literario Mons. Juan Quirós la presenta en su «Índice de la Poesía Boliviana Contemporánea», como «la más representativa figura de mujer que haya producido la poesía boliviana». Aquel magnífico grupo de la segunda Gesta Bárbara, del que podría decirse con García Lorca que fue una «viva moneda que nunca se volverá a repetir», la proclamó «Yolanda de Bolivia».

Augusto Guzmán dice que es «una escritora profundamente humana, en cuyos cuentos la vida cobra significados que apenas sospecharía el lector».

Gregorio Reynolds la llamó «animadora de quimeras, captadora de todo cuanto es bello».

Julio de la Vega habló de la «pequeña mujer con trenzas y de versos en los ojos y en las manos... angustia marinera con velas hacia el sueño».

Óscar Cerruto dijo: «Su obra, fresca pero transida de experiencia, madurada por la vida, se identifica con la de otras señoras mujeres que han dado lo mejor de su aliento, el fruto ideal de sus entrañas, a América».

Carlos Medinaceli la calificaba como «La más fina la más pura, la más cristalina voz de la poesía boliviana».

En el ámbito continental, Yolanda Bedregal no es un fenómeno insólito, aislado. Es un producto más de esa inmensa poética femenina, surgente en Sudamérica, comparable a la potencia de ciertas energías naturales que rompen la corteza terrestre para mirar el sol. Fuerza surgente que ha dado nombres como los de Gabriela Mistral, Juana de Ibarburú Delmira Agustini, Clara Silva, Olga Orosco, Cecilia Meirelles, Gilka Machado, Dora Isella Rusell y, por supuesto, esa Alfonsina Storni que al mismo tiempo se evadió de la vida y del papel de los libros, para incorporarse en el mar, en el aire y en el canto y el alma de nuestros pueblos. Creo que no es aventurado afirmar que esta eclosión poética femenina es una sublimación de la lucha emancipadora de la mujer sudamericana.

En el marco de la poesía femenina boliviana, se puede hacer un paralelo entre Adela Zamudio y Yolanda Bedregal. Hay, sin duda, luces intermedias como María Quiroga Vargas, María Virginia Estenssoro y otras no menos meritorias, pero la línea de alta tensión está tendida entre esos dos nombres de doña Adela y de Yolanda, como los cables de las máximas cargas eléctricas se sostienen por altas torres que se miran de cumbre a cumbre.

En orden cronológico, es con Yolanda Bedregal con quien se abre la gran compuerta por la que irrumpen las figuras de la más creciente promoción poética femenina en Bolivia como Alcira Cardona y Mary Flores Saavedra para citar sólo dos nombres ilustres.

Es mucho lo que Adela Zamudio y Yolanda Bedregal tienen en común, tal como lo señalé ya en 1945, además de sus calidades literarias. Ambas cultivan formas de (lirismo) propias de sus respectivos tiempos. La Zamudio, como poetisa, con manifiesta inclinación hacia el sentimentalismo pesimista capaz de decir:

Estoy ansiosa ya de tu reposo,
Oh, lecho delicioso,
callada sepultura

o bien:

Morir, Oh, triste consuelo!
Morir, sin haber amado,
morir sin haber vivido

Tónica menor que no fue obstáculo para que como pensadora y crítica social fuera capaz de lanzar aquella revolucionaria imprecación del «*Quo Vadis*».

Yolanda Bedregal no ansía la muerte sino que canta (o llora) la vida, haciendo de ella la substancia palpitante de su poesía.

Hay para escoger en la poesía de Yolanda, Cada uno preferirá lo suyo. Pero yo creo que lo más fuerte, lo más pleno y sincero, al parque revelador de fluidez técnica y lenguaje emancipado del que surgen figuras de magnifico riqueza está entre la poesía del amor desolado que se expresa en estrofas como estas:

Ahora me sobra todo lo que tuve
porque soy como acuario y como roca.
Por mi sangre navegan peces ágiles,
y en mi cuerpo se enredan las raíces
de una planta violetas y amarillas.

Tengo en la espalda herida cicatrices de alas inservibles,
y un poquito en mis ojos todavía ay humedad inútil de recuerdos.

o bien:

Tanto por ti he llorado, tanto, tanto.
que te has identificado con la sal de mis lágrimas...

Más aún:

Ansiosa, ansiosa, ansiosa, como los cuerpos jóvenes, allí donde se quiebra la in quietud de los hombres,
allí donde diluyen su anhelo las mujeres,
en ese mismo límite
yo soy la curva flecha que se lanza a sí misma.

Entre la poesía del amor desolado, decía, y la otra vena, en la que lo conceptual se sobrepone o lo emotivo, como en el poema «La Danza», cuyo comienzo dice:

Era el caos del
Principio
Esponjaba al silencio
su nebulosa helada.
En paredes de Nada trepaba lo increado.
La Luz
como crisálida
se incubaba en lo oscuro
La Materia y el Tiempo
giraban en la boca redonda de Dios...

Y no faltaba en el paralelo Zamudio-Bedregal, el gesto de rebeldía, desde el primer volumen casi infantil -al que se refiere Jorge Siles en su libro sobre la literatura del Chaco

denunciando la crueldad de la absurda guerra, de la cual dice Yolanda en frase profética: «Tres años de guerra y hemos envejecido para toda la vida».

Saludemos en este acto, tanto el justiciero reconocimiento de los méritos de Yolanda, como la reparación de una centenaria injusticia que tuvo a la mujer segregada de los galardones académicos.

Ya otras Academias hispanoamericanas, como las de Panamá, Cuba, Ecuador, Uruguay y Paraguay, tienen mujeres entre sus miembros. La más conocida de ellas, Juana de Ibarburú, en el Uruguay.

De una u otra manera es honroso para la Academia Boliviana de la Lengua, contribuir a liquidar definitivamente el tabú, con la punta de lanza de un nombre como el de Yolanda Bedregal.